

Fraila escaldado

No hace muchos días que el obispo de Málaga envió un oficio al gobernador de aquella provincia, en el que le trasladaba una denuncia del cura párroco de Montejaque, sobre ciertos hechos realizados por aquel vecindario contra un fraile capuchino. Y habiendo oficiado el gobernador al alcalde y al jefe de la Guardia civil del mencionado pueblo, he aquí lo ocurrido, según estas autoridades:

En la tarde del 27 último se presentó en aquella localidad un fraile capuchino, misionero, llamado el P. Mendoza y visto por los muchachos, dieron varias voces, disputando acerca de quién podía ser aquel hombre con tanta barba y un hábito tan feo.

Por la noche se trasladó á la iglesia con el cura, coincidiendo con una cacerada que los jóvenes del pueblo daban á una muchacha que se había fugado con su novio, parándose á tocar frente á la iglesia que está situada en la plaza.

Varios muchachos comenzaron á gritar «que saiga el de las barbas, que lo veamos y esto fué bastante para que aumentara en el cura esa soberbia, intolerancia y poca calma que siempre le distingue y sin dar lugar á enterarse de lo que ocurría, pidió auxilio á la Guardia civil y al alcalde.

Presentáronse las autoridades en la plaza y esto bastó para que se marcharan los que allí se habían reunido, pudiendo entonces predicar el fraile sin incidentes lamentables.

«Aquí, dice el alcalde, no ha habido más que una ofuscación del señor cura, que quería que todo el pueblo saliera á recibir al fraile, á quien le había prometido esto y que todos irían á confesarse con él.»

Pero lo cierto es que al día siguiente, después de decir misa, al pasar por las calles oyó no pocas silbidos el P. Mendoza, quien, obrando prudentemente, abandonó el pueblo á media noche, cuando el vecindario, entregado al sueño, no podía dispensarle la cariñosa despedida que sin duda le preparaba.

Recorte de prensa: El País, Madrid 15 de octubre de 1901

Localizado en:

www.bne.es/es/Catalogos/HemerotecaDigital